

Juan Francisco Martínez Peria. **¡Libertad o Muerte!
Historia de la Revolución Haitiana.** Buenos Aires: Centro

Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2012, 179 pp.

Edgardo Pérez Morales¹

La Revolución Haitiana permaneció hasta hace poco olvidada por la gran mayoría de los historiadores hispanoamericanos. Tan solo en los últimos diez o quince años se ha hecho común escuchar a historiadores, profesores de historia y estudiantes hablar de Haití en castellano. Prueba de esto es que *Los jacobinos negros* (1938) del intelectual y activista C. L. R. James, obra fundacional contemporánea sobre la revolución que transformó al Saint-Domingue colonial en el segundo país independiente de las Américas, solo fue traducida al español en 2003 y reeditada en 2010.² Es cierto que varios intelectuales cubanos habían estudiado a fondo aquella Revolución y su impacto en Cuba y otras partes del Caribe, sobre todo gracias a la infatigable labor de José Luciano Franco, autor de la *Historia de la Revolución de Haití* (1966). Pero también es cierto que en Cuba, después de 1960, la investigación histórica y el debate sobre el pasado del Caribe fueron puestos al servicio casi exclusivo de la Revolución Cubana. Por su parte, la obra del sociólogo argentino Torcuato S. Di Tella, *La Rebelión de Esclavos de Haití* (1984) pasó casi desapercibida para la comunidad académica latinoamericana. En síntesis, Haití y el impacto de la Revolución Haitiana no han sido fundamentales en la interpretación del pasado propuesta por los historiadores de la región. Mientras que en la literatura de intelectuales como Alejo Carpentier y Manuel Zapata Olivella Haití ocupa un lugar trascendental, en las narrativas históricas de las transformaciones continentales y Atlánticas de la Era de las Revoluciones (1777-1830) apenas comienza a figurar.

La traducción reciente de la obra de James, así como la publicación de *¡Libertad o Muerte!*, son señas claras de que la Revolución Haitiana comienza a cobrar importancia en nuestras interpretaciones y debates sobre la formación de los estados nacionales. El libro, de hecho, es presentado por Martínez Peria como una contribución en castellano a un tema que ha sido mucho más tratado y conocido

1. New York University

2. C. L. R. James, *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití* (Madrid/México: Turner/Fondo de Cultura Económica, 2003); C. L. R. James, *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Saint-Domingue* (La Habana: Casa de las Américas, 2010).

en los mundos francófono y angloparlante (p. 12). El autor se embarca pues en un diálogo empírico e interpretativo con las dos corrientes intelectuales que han auscultado el proceso haitiano revolucionario: por un lado, las obras históricas nacionalistas y monumentales del siglo XIX, que han servido a los historiadores e intelectuales del siglo XX como fuentes de información sobre la percepción del proceso revolucionario, sus causas y consecuencias. En este ámbito se destacan los trabajos de Alexis Beaubrun Ardouin y Thomas Madiou. Por otro lado, las obras de investigadores norteamericanos que han sido publicadas en los últimos veinticinco años sobre la Revolución, y que han surgido en medio de un debate fructífero sobre el lugar de Haití en la historia reciente del Mundo Atlántico; ámbito en el que sobresalen las investigaciones de Carolyn Fick, John Garrigus, David Geggus, Sibylle Fischer y Laurent Dubois. Finalmente, esta obra de Martínez Peria está también en diálogo con la perspectiva descolonial, impulsada por autores como Walter Mignolo y Edgardo Lander.

El libro *¡Libertad o Muerte!* es una contribución a la literatura sobre Haití basada en una revisión significativa de la bibliografía reciente. Es una guía útil para comenzar a conocer el complejo mundo de la colonia francesa y la Revolución. El autor se esfuerza por presentar puntos de vista divergentes, y a menudo concilia estas tendencias según su propia visión. El libro está dividido en seis capítulos que relatan, respectivamente: los orígenes históricos de Saint-Domingue; el impacto de la Revolución Francesa y el surgimiento de los movimientos revolucionarios en la isla; el levantamiento de los esclavos; el régimen francés republicano; el ascenso de Toussaint Louverture; y finalmente la confrontación con el ejército de Leclerc y la consolidación de la independencia.

La tesis central del libro es que “la Revolución Haitiana fue una revolución social descolonial y radicalmente democrática encabezada por los esclavos, que a partir de la resignificación del ideario ilustrado francés, desde la experiencia de la esclavitud y el racismo colonial, propugnaron por la genuina universalización de los derechos del hombre” (p. 13). Si bien el libro ofrece un recuento detallado del tema, de sus protagonistas y de la multiplicidad de factores que sirven para explicar las dinámicas de la Revolución, considero que el autor no le hace justicia a su propio esfuerzo académico al sintetizar de esta forma sus hallazgos. Principalmente porque es muy difícil caracterizar procesos complejos como la abolición del régimen de plantación y el nacimiento del Haití independiente con adjetivos que responden más que todo al lenguaje contemporáneo (descolonial) y a juicios que operan en el ámbito de las comparaciones y por tanto no tienen valor absoluto (“radicalmente democrática”). Enunciada de esta forma, la tesis central de este libro tiene implicaciones importantes. ¿Debemos concederle a la Revolución Haitiana aquello que Norbert Elias denominó “autonomía del objeto de estudio”?

La convención historiográfica y nominal que nos permite hablar de los eventos en cuestión oculta de entrada la complejidad del fenómeno. Aunque estamos acostumbrados a decir y escribir *Revolución Haitiana*, como si se tratara de un movimiento coherente y unificado, dicho proceso histórico podría más adecuadamente nombrarse como las *Revoluciones de Haití*. Como han explicado ya varios historiadores, y como

lo muestra el mismo Martínez Peria, existieron en la isla varias conspiraciones, levantamientos, revoluciones y contra-revoluciones. El levantamiento de los esclavos de la planicie del norte fue inicialmente independiente del proceso autonomista encabezado por los plantadores de la región sur. Las acciones de los cimarrones de las montañas hacían parte de un conflicto antiguo y se desarrollaron según estrategias de guerra y supervivencia distintas a las de los libertos del oeste. El objetivo de alcanzar la independencia de Francia solo surgió tras la alianza de diversas facciones en mayo de 1803. Los contrastes, contradicciones, alianzas, traiciones y transformaciones que caracterizan a las Revoluciones de Haití demuestran que se trató de una serie de eventos siempre dinámicos e inestables cuyos resultados finales fueron igualmente caóticos. Después de las guerras contra los extranjeros siguieron los enfrentamientos internos, y el Haití libre nació como un imperio, posteriormente dividido en dos países: una república en el sur y un estado monárquico en el norte. El orden de los eventos del pasado, la narrativa limpia y estable del origen de las naciones es usualmente el resultado de nuestros propios valores políticos y convenciones académicas.

Considero que las Revoluciones de Haití no fueron totalmente anti-coloniales o radicalmente democráticas. Si bien tuvieron momentos y protagonistas que podrían caracterizarse así, también tuvieron elementos claramente realistas y monárquicos. En *¡Libertad o Muerte!*, Martínez Peria muestra estas dinámicas. En el análisis del ideario político de los esclavos rebeldes, el autor describe un paisaje “confuso y heterogéneo” y asegura que “así como no se puede hablar de una sola demanda global del movimiento, tampoco es posible hablar de un sólo ideario o de una única fuente de donde este provenga” (p. 79). Este lenguaje se ajusta mucho más a la dinámica de las Revoluciones. El libro destaca cómo segmentos de la población esclava que se rebeló, en su mayoría hombres y mujeres nacidos y criados en África, hacían parte de tradiciones políticas y sociales disimiles. En África occidental existían diversas formas de esclavitud, pero allí había también tendencias anti-esclavistas antiguas. Por ejemplo, en el siglo XIII se promulgó en Mali el *Kurukan Fuga*, una carta de derechos en la que se proscribía cualquier forma de esclavitud. Por su parte, el monarquismo era componente fundamental del bagaje cultural de varias sociedades africanas. Entre los congoleños hubo quienes comulgaban con la idea de un rey todo poderoso, mientras que otros creían en una institución monárquica moderada por las demandas del pueblo (p. 80).

República e imperio, monarquía y democracia, esclavitud y libertad, todos los ideales, espacios, momentos y personajes que se ubican entre estos polos aparentemente opuestos son parte fundamental de las Revoluciones de Haití. Ahora bien ¿podemos calificar todos estos elementos y protagonistas de “radicalmente democráticos” o de abiertamente independentistas? Este libro, a un mismo tiempo, demuestra la complejidad de las Revoluciones de Haití y nos invita a interrogarnos sobre el lenguaje que usamos los historiadores para describir *a posteriori* procesos políticos cuyos protagonistas no necesariamente sabían que estaban fundando una nación o sentando las bases de la democracia contemporánea.

DOI: [dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n6a13](https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n6a13)